

LOURDES CASAL

Por Josefina de Diego

"Estoy llena de planes", nos aseguró sonriente, semanas antes de morir. Y así era, en efecto. Sus deseos de trabajar y su alegría indomable impidieron que la vida se le "desparramara", como ella decía, antes de lo que los médicos le habían pronosticado. Aquella tarde nos había pedido, a mis padres y a mí, que la lleváramos a la Feria del Libro que se celebraba en la Habana Vieja, por los alrededores de la librería La Moderna Poesía. Lourdes disfrutó mucho esa salida, compró libros en una subasta, caminó con su bastón por todos los recintos de la Feria. La dejamos en el Hospital, bien entrada la noche. Hacía años que sus riñones habían dejado de funcionar y se tenía que someter a tratamientos de diálisis que la debilitaban mucho. Sus recaídas eran cada vez más frecuentes.

Los muchachos de la Brigada siempre la visitaban, también sus amigos de La Habana y de los Estados Unidos, nunca le faltó compañía. A todos nos interesaba, mucho, su opinión. Recuerdo que la fui a ver al Hospital Clínico Quirúrgico de 26 y Boyeros después de los sucesos de la Embajada del Perú, en medio de los "actos de repudio" callejeros. Yo estaba muy preocupada. Lourdes también. La conversación con ella me serenó y tranquilizó. Tenía ese don. Me interesaban, también, sus criterios sobre poesía y sobre literatura en general. Y de cuando en cuando le pedía algún consejo con relación a mi vida privada. Lourdes –que tenía, y ella lo sabía, las horas contadas– escuchaba a todo el mundo y siempre guardaba tiempo para los demás.

Pero su enfermedad iba avanzando y cada día estaba más débil. Fue entonces que me pidió que la ayudara. Yo conocía el inglés– gracias a las enseñanzas de mi abuela Berta– y podía escribirle sus cartas. Su salud se había deteriorado tanto que no podía sostener una pluma en sus manos. Tampoco podía grabar su propia voz porque las fuerzas no le alcanzaban para apretar los botones del equipo. Y tenía que terminar, sin falta, ese libro sobre el terrorismo que se había propuesto publicar después del asesinato de Carlos Muñiz Varela, el muchacho de "la mirada intensa, inteligente", como lo describió en uno de sus poemas. Carlos, miembro de la Brigada Antonio Maceo, director de una agencia de viajes en Puerto Rico, fue baleado a la salida de su casa, en abril de 1979, por personas enfermas de odio que no deseaban que se realizaran los viajes a Cuba. Nunca pudo terminar el libro, no tuvo tiempo.

Las últimas cartas se las escribí tres días antes de su muerte, en enero de 1981. Le contaba a una amiga norteamericana lo contenta que había pasado el Fin de Año y le pedía unos datos importantes sobre diferentes hechos terroristas ocurridos en los Estados Unidos.

Los que la conocimos, no nos acostumbramos a su silencio. Y nos faltará siempre, la cálida transparencia de su sonrisa.

En: BY HEART / DE MEMORIA, CUBAN WOMEN'S JOURNEYS IN AND OUT OF EXILE, edited by María de los Ángeles Torres, Temple University Press, Philadelphia.